CAPÍTULO 48

Y en el invierno entre el '48 y el '49 se acabó aquella guerra. Israel y los países vecinos firmaron el armisticio, primero Egipto, luego el Reino de Transjordania y al final, también Siria y el Líbano. Iraq, por su parte, envió de vuelta a casa a sus soldados sin firmar ningún documento. A pesar de todos los acuerdos, los países árabes continuaron declarando que algún día se tomarían «la revancha» de la guerra con el fin de acabar con un estado que ellos, los árabes, se negaban a reconocer, y proclamaban que su creación había sido producto de una continuada agresión, y lo llamaban «el estado ficticio», *al-daula almazeuma*.

En Jerusalem se reunieron, en varias ocasiones, el comandante de Transjordania, el coronel Abdallah ATel, y el comandante israelí, el lugarteniente Moshé Dayán, para trazar la línea fronteriza entre las dos partes de la ciudad y acordar la regulación del paso de convoyes al campus universitario de Har Hatzofim, que quedó como un enclave israelí aislado dentro del territorio controlado por el ejército de Transjordania. Se levantaron altos muros de cemento a lo largo de la frontera para cerrar las calles que pasaban por la Jerusalem israelí y continuaban por la Jerusalem árabe. Se erigieron paredes metálicas para ocultar a los que pasaban por las afueras de la ciudad occidental de la mirada de los francotiradores apostados en las azoteas de la ciudad oriental. Una franja fortificada de alambradas, campos de minas, puestos de tiro y de vigilancia atravesaba toda la ciudad. Esa franja cerraba la ciudad israelí por el norte, por el este y por el sur. Sólo el oeste permanecía abierto, y una única carretera tortuosa unía Jerusalem con Tel Aviv y el resto de las zonas del nuevo Estado. Pero también una parte de esa única carretera estaba en manos de la Legión transjordana, y hubo que trazar un desvío e instalar, a lo largo de él, una nueva conducción de agua para sustituir la de la época británica, destruida en parte, y las estaciones de bombeo que habían quedado bajo control árabe. Ese desvío se llamó «Camino de Burma». Al cabo de un año o dos, se asfaltó un nuevo desvío llamado «Carretera del Heroísmo».

Casi todo en el joven Estado llevaba el nombre, por aquellos días, de los caídos en el campo de batalla, o del heroísmo, el combate, la emigración y la materialización del sueño sionista. Los israelíes estaban muy orgullosos de su victoria, fortificados en sus sentimientos de justicia y de superioridad moral. Por

aquellos días, no se pensaba mucho en la suerte de los cientos de miles de deportados y refugiados palestinos, muchos de ellos huidos y otros muchos expulsados de las ciudades y los pueblos conquistados por el ejército israelí.

Se decía que, sin duda, la guerra era algo malo, amargo y lleno de sufrimientos, ¿pero quién les había dicho a ellos, a los árabes, que la empezasen? Nosotros habíamos aceptado el plan de partición decidido por la ONU y los árabes habían rechazado todo compromiso y habían iniciado la guerra con el objetivo de aniquilarnos a todos. Además, ya se sabía que en una guerra nadie gana, por Europa aún vagaban millones de refugiados de la Segunda Guerra Mundial, poblaciones enteras habían sido deportadas o desplazadas, Paquistán y la India, que acababan de conseguir la independencia, se intercambiaron millones de ciudadanos y lo mismo hicieron Grecia y Turquía. Nosotros habíamos perdido el barrio judío de la Ciudad Vieja de Jerusalem, habíamos perdido Gush Etzion y habíamos perdido Kefar Darom, Atarot, Qaliah, Neve Yaakov, exactamente igual que ellos habían perdido Yafo, Ramle, Lifta, Maljah y Ein Kerem. En lugar de los cientos de miles de árabes deportados llegaron cientos de miles de refugiados judíos perseguidos en países árabes. Teníamos cuidado de no utilizar la palabra «expulsión». La masacre del pueblo de Deir Yassin se achacó a «elementos extremistas e irresponsables».

Un telón de cemento cayó y nos separó de Sheij Jarrah y del resto de los barrios árabes de Jerusalem.

Desde nuestra azotea podía ver los minaretes de Shuafat, Biddu y Ramallah, la torre solitaria en la cima del monte de Nebi Samuel, la academia de policía (desde donde disparó un francotirador jordano y mató a Yoni Abramsky cuando estaba jugando en el patio de su casa), el aislado Har Hatzofim, el monte de los Olivos, que estaba en manos de las fuerzas de la Legión Árabe, las azoteas de Sheij Jarrah y la Colonia americana.

A veces me parecía distinguir, entre las frondosas copas de los árboles, el rincón del jardín de la villa Silvani. Me figuraba que su suerte había sido mucho mejor que la nuestra: a ellos no los habían bombardeado durante largos meses con cañones, no habían pasado hambre ni sed, no los habían obligado a dormir en colchones en sótanos pestilentes. Y, pese a todo, hablaba frecuentemente con ellos en mi interior. Al igual que el hombre que arreglaba muñecas, el señor Gustav Krohmal de la calle Gueulá, yo deseaba ponerme mis mejores galas e ir a verlos, a la cabeza de

una misión de paz y conciliación, probarles que teníamos razón, disculparme y aceptar sus disculpas, degustar sus dulces de cáscaras de naranja azucaradas, manifestar nuestra indulgencia y magnanimidad, firmar con ellos un acuerdo de paz, de amistad, de cortesía y de respeto mutuo, y tal vez también demostrarle a Aisha, a su hermano y a toda la familia Silvani que aquel accidente no ocurrió totalmente por mi culpa, o no sólo por mi culpa.

A veces, al amanecer, nos despertaba el sonido de ráfagas de ametralladora procedentes de la línea de alto el fuego, a un kilómetro y medio de nuestra casa más o menos, o el lamento del almuecín al otro lado de las nuevas fronteras: como una elegía que ponía la piel de gallina, el sonido sollozante de su oración penetraba en nuestro sueño.

Nuestra casa se vació de todos los que necesitaban refugio: los vecinos, los Rosendorf, volvieron a su casa, una planta más arriba que la nuestra. La anciana aturdida y su hija doblaron su lecho, lo metieron en una bolsa de yute y desaparecieron. Se fue también Guita Miodovnik, la viuda de Mattatiah Miodovnik, el autor del libro de texto *Matemáticas para niños de tercero*, el hombre cuyo cadáver destrozado identificó mi padre, en el depósito, por los calcetines que él mismo le había prestado la mañana de su muerte. El tío Yosef y su cuñada, Haya Elitzedek, volvieron a la casa Klausner en Talpiot, la casa que encima de la puerta tenía escrito en letras de cobre las palabras «Judaísmo y Humanismo». Tuvieron que reformar la casa, que quedó muy deteriorada durante la guerra. Durante muchas semanas el viejo profesor se estuvo lamentando con gran pesadumbre por los miles de libros sacados de las estanterías y tirados al suelo o utilizados como barricadas y como defensa contra las balas en las ventanas de la casa Klausner, que fue convertida en un puesto de tiro. El hijo perdido, Ariel Elitzedek, fue encontrado sano y salvo después de la guerra, pero se pasaba el día discutiendo e insultando a Ben Gurión, ese desgraciado que podía haber liberado la Ciudad Vieja y la explanada del Templo y no lo hizo, que podía haber empujado a todos los árabes a los países árabes y no lo hizo, y todo porque el socialismo pacifista y el tolstoianismo vegetariano les había embotado la mente a él y a sus camaradas, esa panda de rojos en cuyas manos había caído nuestro querido Estado. Estaba convencido de que pronto tendríamos otra jefatura, una jefatura nacional orgullosa, y nuestro ejército se lanzaría por fin a liberar la patria del yugo de la dominación árabe.

Pero la mayoría de los habitantes de Jerusalem no deseaba ninguna otra guerra y no se ocupaba del destino del Muro de los Lamentos ni añoraba la Tumba de Raquel, que desaparecieron tras el telón de cemento y los campos de minas. La ciudad rota se lamía las heridas. Largas y grisáceas colas se arrastraban durante aquel invierno, y también durante la primavera y el verano siguientes, ante las tiendas de ultramarinos, las fruterías y las carnicerías. Llegó la época de las restricciones: largas colas se concentraban tras el carro del repartidor de hielo y tras el carro del repartidor de queroseno. Las raciones se repartían en función de los cupones de la cartilla de racionamiento. Huevos y un poco de carne de pollo se reservaban sólo para los niños y los enfermos con certificado médico. La leche se vendía a cuentagotas. Las frutas y verduras casi no se veían en Jerusalem. El aceite y el azúcar, la sémola y la harina llegaban alternativamente sólo una vez al mes o cada dos semanas. Si querías comprar alguna prenda de vestir, un par de zapatos, un mueble, también tenías que usar los preciados cupones de la cartilla de racionamiento, que se iba agotando. Los zapatos se hacían con una imitación de cuero y las suelas eran tan frágiles que parecían de cartón. Los muebles se llamaban «muebles para todo» y eran de muy mala calidad. En lugar de café, se bebía achicoria. En lugar de leche y huevos, usábamos leche y huevos en polvo. Todos los días, comíamos filetes de bacalao congelado cuyo sabor se fue haciendo odioso para todos; montañas de filetes de pescado congelado que el nuevo gobierno había comprado a precio de saldo de los excedentes pesqueros de Noruega.

Hasta para salir de Jerusalem a Tel Aviv y al resto de las zonas del país se dependía, durante los primeros meses posteriores a la guerra, de permisos especiales de las autoridades competentes. Pero todo aquel que era hábil y ambicioso, todo el que tenía algo de dinero y conocía el mercado negro, y todo aquel que tenía contactos con las nuevas autoridades, apenas sufrió la carestía. Y todo tipo de gente poderosa y sin escrúpulos se precipitó a usurpar los pisos y las casas de los barrios árabes acomodados cuyos habitantes habían huido o habían sido expulsados, o de las zonas cerradas en las que antes de la guerra vivían las familias de los militares y las autoridades británicas: Katamón y Talbia, Baqah, Abu Tur y la Colonia alemana, mientras que las casas de los árabes pobres en Musrasah, en Lifta, en Maljah, las ocuparon familias judías pobres que habían huido de países árabes. En Talpiot, en el campo Allenby y en Beit Mazmil, se levantaron grandes centros de tránsito con barracones de uralita, sin luz eléctrica, sin alcantarillado y sin agua corriente. En invierno, los caminos entre las cabañas de uralita se convertían en una masa pastosa y el frío cortaba los huesos. Contables de Iraq, orfebres del Yemen, vendedores y

tenderos de Marruecos y relojeros de Bucarest fueron hacinados en esos barracones y, por un ínfimo salario, se ocupaban de despedregar y forestar las laderas de las montañas de Jerusalem, unos trabajos ideados para ellos por el gobierno.

Se acabaron «los años heroicos», los años de la guerra mundial, del exterminio judío en Europa, los partisanos, el alistamiento masivo en el ejército británico y en la brigada judía que creó Gran Bretaña en la guerra contra los nazis, los años de lucha contra los ingleses, la resistencia, la inmigración ilegal, los asentamientos construidos a la fuerza, la guerra a vida o muerte contra los palestinos y contra los ejércitos regulares de cinco países árabes.

Al terminarse «los años grandiosos» nos llegó, de pronto, «la mañana del día siguiente»: grisácea, deprimente, húmeda, avara y mezquina (intenté describir el sabor de esa «mañana del día siguiente» en la novela *Mi querido Mijael*). Fueron los años de las navajas de afeitar melladas de la marca Okava, del insípido dentífrico Shenhav, de los apestosos cigarrillos Keneset, los bramidos de Nehemías Ben Abraham y Alexander Alexandroni en la emisora La Voz de Israel, el aceite de hígado de bacalao, las cartillas de racionamiento, los concursos de Shmulik Rosen y los comentarios políticos de Moshe Medzini, la hebraización de los apellidos¹⁰⁸, el racionamiento de los víveres, la precariedad laboral, las colas arrastrándose delante de las tiendas de ultramarinos, las alacenas en las cocinas, las sardinas baratas y la carne en conserva Inkoda, la comisión mixta israelí-jordana para el armisticio, los terroristas árabes infiltrados más allá de la línea de alto el fuego, los teatros Ohel, Habimah, Do-re-mi, Chisbatron, Dzigan y Shumacher, el acceso Mandelbaum, las represalias, las cabezas de los niños lavadas con kerosene para matar los piojos, la «ayuda a los campos de tránsito», «los bienes abandonados», el «fondo de defensa», «las tierras de nadie» y «nuestra sangre no se derramará en vano».

¹⁰⁸ La hebraización de apellidos es un proceso exclusivo de la lengua hebrea. Este proceso comenzó a mediados del siglo 19, con la primera inmigración masiva a Palestina, y continúa hasta unos años después de la declaración del Estado de Israel. Al lado de aquellos que apoyaban y animaban a hebraizar el apellido, se encontraban aquellos que se resistían al proceso, argumentando que de esta manera se borraba parte de la historia del pueblo judío. La hebraización del apellido proporcionaba una sensación de pertenencia a la nueva vida en Palestina, en donde el hebreo empezaba a posicionarse como lengua oficial. Después de la declaración del Estado de Israel esta sensación creció aun más, ya que el hebreo pasó a ser la lengua hablada de forma cotidiana. Por otro lado, este cambio de apellido permitía, a aquellos que lo deseaban, desconectarse del terrible pasado del que venían (TOURY, 1988: 155).

Y yo volví a ir cada mañana al colegio religioso para niños Tajkemoní, en la calle Tajkemoní. Allí estudiaban chicos de familias pobres, hijos de artesanos, obreros y pequeños comerciantes educados a bofetadas, hijos de familias que criaban a dieciocho niños, algunos de ellos siempre hambrientos y ávidos de mi pedazo de pan, otros con la cabeza rapada y todos con birretes negros ladeados. Me acechaban junto a los grifos del patio y me tiraban agua, porque enseguida descubrieron que era hijo único, el único hijo único que había entre ellos, el más débil de todos, muy susceptible y con tendencia a sentirme herido al menor empujón o la menor palabra ofensiva. Cuando se envalentonaban e inventaban para mí nuevas humillaciones, yo me quedaba de pie, jadeando, en el centro del círculo de escarnio de mis enemigos, golpeado y cubierto de polvo, una oveja entre setenta lobos, y de repente empezaba a pegarme a mí mismo, dejando perplejos a todos mis adversarios, a arañarme de forma histérica y a morderme el brazo con todas mis fuerzas hasta que aparecía una especie de reloj sangriento. Igual que hizo mi madre dos o tres veces delante de mis ojos, presa de la más completa desesperación.

Pero a veces, también me inventaba historias de suspenso, tramas que cortaban la respiración al estilo de las películas de acción que íbamos a ver al cine Edison. En esas historias juntaba sin dudarle a Tarzán con Flash Gordon, a Nick Carter con Sherlock Holmes, y a los indios y vaqueros de Karl May y Mein Rid con Ben Hur, con los misterios del espacio o con las bandas de delincuentes de los suburbios de Nueva York. Y en cada recreo, como Sherezade, que aplazaba su sentencia gracias a sus narraciones, retomaba el relato y lo interrumpía en el punto más interesante, justo cuando parecía que el protagonista estaba realmente perdido, perdido del todo y sin esperanza alguna, y la continuación (que aún no me había inventado) la posponía sin piedad para el día siguiente.

Así pasaba los recreos en el patio del colegio Tajkemoní, como rabí Nahman, que salía al campo con sus discípulos sedientos de cada palabra que salía de su boca: caminaba rodeado de un círculo compacto de compañeros temerosos de perderse una palabra y, entre ellos, a veces estaban también mis enemigos y perseguidores, a quienes yo –dominado por un río de generosidad desbordada, hacía acercarse especialmente, precisamente a ellos, invitándolos a ponerse en el círculo más cercano, a veces incluso haciéndole a uno u otro una valiosa alusión al posible rumbo de la trama o a un acontecimiento estremecedor que sería contado en el capítulo siguiente, y así convertía al elegido en alguien especial que podía divulgar o guardar a su antojo el preciado secreto.

Mis primeras historias estaban llenas de cuevas y laberintos, de catacumbas, selvas y abismos, de antros criminales y campos de batalla, de galaxias pobladas de monstruos, de valientes policías y soldados impasibles, de intrigas y terribles traiciones, pero también de caballerosa y admirable generosidad, de tramas barrocas, de inestimable abnegación, de gestos llenos de sentimientos de renuncia o perdón. Entre los personajes masculinos de mis primeras obras había, por lo que recuerdo, héroes y villanos. Y había bastantes villanos arrepentidos que expiaban sus pecados con actos en los que arriesgaban la vida o con una muerte heroica. Y entre ellos había sádicos sedientos de sangre y todo tipo de impostores y vulgares traidores, y había pobres desgraciados que se sacrificaban con una sonrisa. En cambio los personajes femeninos, todos sin excepción, me salían siempre sublimes: sufrían pero emanaban amor. Se atormentaban y perdonaban. Eran oprimidas e incluso humilladas, pero también orgullosas y siempre puras. Pagaban el precio de la locura del sexo masculino, pero eran indulgentes y a pesar de todo sentían afecto, amor y compasión. Todas.

Pero si tiraba demasiado de la cuerda, y también si no lo hacía, transcurridos algunos capítulos, o al acabar la historia, precisamente cuando el mal era vencido y el bien por fin estaba a punto de triunfar, precisamente entonces la pobre Sherezade era arrojada una y otra vez al foso de los leones, y era golpeada y atormentada: ¿por qué nunca cerraba la boca?

Tajkemoní era un colegio para chicos. También los profesores eran todos hombres. Excepto la enfermera del colegio no veíamos a ninguna mujer. Los más intrépidos se subían a veces a la tapia del colegio Lemel para chicas, para echar un vistazo y aprender cómo era la vida al otro lado del telón de acero: chicas con faldas largas azules y camisas de manga corta y abombada, eso contaban, paseaban de dos en dos por el patio del Lemel en los recreos, jugaban a la rayuela, se hacían trenzas unas a otras y a veces también se echaban agua de los grifos, igual que nosotros.

Excepto yo, casi todos los chicos del Tajkemoní tenían hermanas mayores, cuñadas, primas, y por tanto fui el último en saber, a través de rumores, lo que tenían las chicas y nosotros no, y viceversa, y lo que hacían los hermanos mayores con sus novias en la oscuridad.

En casa no se decía una sola palabra al respecto. Jamás. Excepto, tal vez, cuando alguno de los invitados empezaba a burlarse de la vida bohemia, o del matrimonio Bar Yitzhar-Itzelvitz, tan escrupuloso en el cumplimiento del precepto *creced y multiplicaos*, en tal caso todos le hacían callar al instante reprendiéndole: *Shtu! Se taboy? Widesh maltzik ridom se nami!* Es decir, ¡el niño ya entiende todo!

Pero el niño no entendía nada. Si sus compañeros de clase soltaban la palabra árabe para decir lo que tenían las chicas, o si se juntaban y se pasaban de mano en mano la fotografía de una mujer con poca ropa, o si alguien llevaba un bolígrafo donde aparecía una chica ataviada para jugar al tenis cuya ropa se desvanecía al invertirlo, todos se partían de risa y se daban codazos en las costillas, esforzándose por parecerse a sus hermanos mayores. Sólo a él le entraba de pronto el pánico: como si a lo lejos, en el horizonte, empezase a perfilarse una incierta catástrofe. Aún no está aquí, aún no me toca, pero ya asusta y hiela la sangre como un inmenso incendio en la cima de las lejanas colinas de los alrededores. Nadie saldrá ileso. Nada será ya como era.

Cuando murmuraban en los recreos, con jadeante alegría, sobre una tal Gina, una retrasada mental de la calle Kinneret que en el monte de Tel Arza se entregaba a cualquiera que le ponía media lira en la mano, o sobre la viuda gorda de la tienda de electrodomésticos, que se llevaba siempre a varios chicos de octavo a la trastienda, se levantaba la falda y les enseñaba todo a cambio de verlos tocársela, yo sentía por dentro una especie de tristeza corrosiva, como si un gran horror acechara a todos, hombres y mujeres, un horror cruel y paciente que no se extinguía, y poco a poco ese horror reptante iba dejando a mi alrededor unas fibras viscosas y transparentes que tal vez sin darme cuenta también me estaban infectando.

Cuando estábamos en sexto o séptimo, un día entró en clase la enfermera del colegio, una mujer marcial e irascible. Sola frente a treinta y ocho chicos aturridos, se mantuvo heroicamente durante dos horas desvelándonos todas las cosas de la vida. Sin ningún temor empezó a describir sistemas y funcionamientos. Dibujó en la pizarra, con tizas de colores, bocetos de todos los conductos. No nos ocultó nada, espermatozoides y óvulos, glándulas, vaginas y trompas. Después pasó a un espectáculo horroroso: nos aterrorizó con descripciones escalofriantes de dos monstruos acechantes, Frankenstein y el hombre lobo del sexo: el riesgo de embarazo y el riesgo de contagio.

Confusos y cabizbajos, salimos de aquella conferencia al mundo, que de pronto me pareció un inmenso campo de minas o un planeta azotado por una plaga. El niño que era entendió más o menos qué podía contagiar y qué era capaz de matar, pero de ninguna manera comprendí por qué quería una persona cuerda, hombre o mujer, adentrarse en aquellos laberintos dragontinos: la enfermera no dudó en mostrárnoslo todo, desde las hormonas hasta las normas de higiene, pero olvidó mencionar, aunque hubiera sido con una leve alusión, que todos esos complicados y peligrosos procesos también implicaban a veces cierto placer. Sobre eso no nos dijo ni una palabra. Tal vez porque pretendía preservar nuestra seguridad. Tal vez porque no lo sabía.

Nuestros maestros del Tajkemoní iban vestidos casi siempre con trajes grises o marrones algo gastados, o con viejas chaquetas, y no dejaban de exigirnos respeto: el señor Monzon y el señor Avishar, el señor Neimann padre y el señor Neimann hijo, el señor Alkalai y el señor Duvshani, el señor Opher y el señor Majaeli, el director, el señor Ilan, «soberano absoluto», que siempre aparecía con un traje de tres piezas, y el hermano del director, también él señor Ilan, pero con un traje de sólo dos piezas.

Por respeto a cada uno de ellos, nos levantábamos siempre cuando entraban en clase, y no nos sentábamos hasta que recibíamos la señal de que podíamos sentarnos. Nos dirigíamos a los profesores diciendo «profesor» y les hablábamos siempre única y exclusivamente de usted: «Profesor, ¿me ha dicho que traiga una nota de mis padres? Pero es que mis padres se han ido a Haifa. ¿No le importaría que la trajese el lunes?». O: «Profesor, perdone, ¿no cree que está exagerando un poco?» (el sospechoso de la exageración no era el profesor –nadie se atrevería a acusar a los profesores de exagerar– sino el profeta Jeremías o el poeta Bialik, cuyo desbordante furor acabábamos de estudiar). En cuanto a nosotros, los alumnos, nuestros nombres propios fueron borrados desde el momento mismo en que cruzamos el umbral del Tajkemoní: nuestros profesores nos llamaban única y exclusivamente Bozo, Saragosti, Valero, Ribotzki, Alfassi, Klausner, Hagag, Shleifer, De la Mar, Danon, Ben Naim, Cordovero y Axelrod.

En el colegio Tajkemoní los profesores tenían una plétora de castigos: bofetadas y golpes con una regla en la yema de los dedos, coscorriones y expulsión al

patio, llamada a los padres y amonestación en el cuaderno de la comunicaciones, copiar un capítulo de la Biblia veinte veces o escribir «prohibido hablar en clase» y «hay que traer hechos los deberes» en quinientas líneas idénticas. A todo aquel que no tenía una letra clara se le condenaba a hacer en casa columnas y columnas de «caligrafía» o de «caligrafía clara como el agua». Quien era sorprendido con las uñas sin cortar, con las orejas no muy limpias o con el cuello de la camisa algo ennegrecido, era enviado a casa abochornado, no sin antes haber sido obligado a ponerse de pie delante de toda la clase y declamar públicamente, en voz alta y clara: «¡Soy un niño sucio/ si no me lavo, pronto seré arrojado/ a la basura,/ ¡a la basura!».

Todas las mañanas la primera clase en el Tajkemoní empezaba con la canción «Te agradezco Señor»:

Te agradezco Señor/ soberano de todo lo que existe
el haberme restituido el alma con piedad/ grande es tu fe.

Después todos cantábamos con voces finas pero fervorosas:

Señor del universo, que reinó/ antes de que nada fuese creado...
Y cuando todo termine/ solo él reinará con esplendor...

Sólo entonces, al terminar los cánticos y la oración de la mañana (abreviada), nuestros profesores nos ordenaban abrir los libros y los cuadernos y preparar las lapiceras, y, casi siempre, simplemente empezaban enseguida con un largo y tedioso dictado que se prolongaba hasta que sonaba la campana de la libertad, y a veces hasta un poco después de la campana. En casa teníamos que aprendernos de memoria medios capítulos, poemas enteros y máximas rabínicas. Aún hoy día me pueden despertar a medianoche y sacarme la respuesta del profeta al copero mayor enviado por el rey de Asiria: «Te desprecia, se burla de ti,/ la virgen hija de Sión./ Mueve la cabeza a tus espaldas,/ la hija de Jerusalem./ ¿A quién has insultado y ultrajado?/ ¿Contra quién has alzado tu voz...?/ Pondré mi anillo en tu nariz/ y mi brida en tu boca/ y te haré volver por el camino por donde viniste». O de *Pirqa Avot*: «Sobre tres cosas se sustenta el mundo... hablar poco y hacer mucho... no he encontrado nada mejor para el cuerpo que el silencio... conoce lo que está por encima de ti... no te apartes de la comunidad y no creas en ti mismo hasta el día de tu muerte, y no juzgues a tu prójimo hasta que no te encuentres en su lugar... y donde no hay hombres trata de ser un hombre».

En la escuela Tajkemoní estudié hebreo: como si un taladro hubiese penetrado y roto la veta de alguna mina, una veta que ya en la clase y el patio de la Maestrazelda yo había tocado por primera vez. Desfallecía por las locuciones solemnes, por las palabras casi olvidadas, por las extrañas estructuras sintácticas, por las zonas más remotas en la espesura de los bosques de la lengua, lugares donde el hombre casi no había puesto el pie durante cientos de años, por la belleza punzante de la lengua hebrea: «Se hizo de mañana, y resultó que era Lía», o «antes de que nada fuese creado», «incircuncisos de corazón», «la medida de los tormentos», y también «sé sabio ante la luz de los sabios y sé precavido con sus brasas para que no te quemen, su mordedura es como la mordedura de un lobo y su picadura como la picadura de un escorpión... y todas sus palabras, como ascuas».

Ahí, en el Tajkemoní, estudié el Pentateuco con los agudos comentarios de Rashi. Ahí me emparé de la sabiduría de los rabinos, de la Hagadá y la Halajá, de oraciones, poesía sinagoga, comentarios y comentarios a los comentarios, me inicié en los textos litúrgicos, en el libro de oraciones y en el *Shuljam Aruj*. Ahí me encontré con viejos conocidos de casa, como las guerras de los asmoneos y la revuelta de Bar Kojba, las crónicas del exilio, la vida de los rabinos y los sabios de la Torá, los cuentos jasídicos edificantes y moralizantes con un atractivo envoltorio. Y algo de casuística, y un poco de poesía de Sefarad y de Bialik, y a veces en las clases de canto del señor Opher aparecía alguna de las canciones de los pioneros de Galilea y el valle de Esdrelón, llegada al Tajkemoní como un camello entre las nieves de Siberia.

El señor Avishar, el profesor de geografía, nos llevaba a hacer excursiones llenas de aventuras, a Galilea y al Neguev, a Transjordania y a Mesopotamia, a las pirámides y a los jardines colgantes de Babilonia: todo sobre grandes mapas y a veces con imágenes proyectadas con ayuda de una vieja linterna mágica. El señor Neimann, «Neimann el joven», nos arrojaba la cólera de los profetas, como cascadas de lava incandescente, pero enseguida nos sumergía en cristalinos ríos de profecías de redención. El señor Monzon nos fijaba con clavos de hierro la diferencia entre *I do, I did, I have done, I have been doing, I would have done and I should have done and I should have been doing*: «¡Hasta el mismísimo rey de Inglaterra!», decía el señor Monzon sobre nuestras cabezas, lanzando truenos como el Señor desde la cima del monte Sinaí, «¡hasta Churchill! ¡Shakespeare! ¡Gary Cooper! Todos

obedecen sin quejarse ni rechistar las normas lingüísticas, ¡todos excepto tú, Excelencia! ¡Mister Abulafia! ¿Es que estás por encima de las normas? ¿Estás por encima de Churchill? ¿Estás por encima de Shakespeare? ¿Por encima del rey de Inglaterra? *Shame on you! Disgrace!* Es decir, es decir, por favor, estén bien atentos, toda la clase debe estar atenta, y también anoten esto en los cuadernos, por favor, que nadie se confunda por nada del mundo: *it is a shame, but you, the right unrebél master Abulafia, you are a disgrace!!!*».

El señor Mijaeli mientras tanto, Mordejai Mijaeli, mi preferido, cuyas suaves manos siempre estaban perfumadas como las de una bailarina, el señor Mijaeli, cuyo rostro tenía un aire retraído, como intimidado, se sentaba, se quitaba el sombrero y lo dejaba delante de él sobre la cátedra, se colocaba la pequeña kipá y, en lugar de enseñarnos la Torá, se pasaba horas contándonos cuentos y leyendas: pasaba de nuestros rabinos a las leyendas populares ucranianas, y desde allí, de repente, se zambullía en los relatos de la mitología griega, los cuentos beduinos y las divertidas historias hiperbólicas en idish, y se iba ramificando hasta llegar a los cuentos de los hermanos Grimm y de Andersen y a los suyos, que iba componiendo, exactamente igual que yo, mientras los iba contando.

La mayoría de los chicos de la clase aprovechaban la bondad y el despiste del sensible señor Mijaeli para dormirse tranquilamente desde el principio hasta el final de la clase, apoyando la cabeza en el brazo extendido sobre la mesa. Algunos se pasaban notas y jugaban a tirarse pelotas de papel de mesa en mesa: el señor Mijaeli no se percataba, o se percataba y no le importaba.

Y a mí tampoco me importaba: él clavaba en mí sus cansados y bondadosos ojos y me contaba sólo a mí sus cuentos. O sólo a los tres o cuatro que no apartaban los ojos de sus labios: como si ante nuestros ojos esos labios fuesen creando mundos repletos de cosas y nosotros estuviésemos invitados a participar en ellos.

CAPÍTULO 49

De nuevo, los vecinos y amigos venían a nuestro pequeño patio, las tardes de verano, tomaban té con bizcochos y conversaban sobre política y sobre cuestiones intelectuales. Mala y Stashek Rodnitzky, Hayyim y Hana Toren, el matrimonio Krohmal, que volvió a abrir su diminuta tienda en la calle Gueulá, a pegar muñecas rotas y a devolverle el pelo a los osos despeluzados. Casi siempre se unían también Tzarta y Yacob David Abramsky (los dos habían envejecido mucho durante los meses que habían pasado desde que mataron a su hijo Yoni. El señor Abramsky se volvió aún más hablador de lo que era, mientras que Tzarta se volvió muy callada). A veces, aparecían también el abuelo Alexander y la abuela Shlomit, los padres de mi padre, tan elegantes como siempre, con la categoría propia de Odesa. El enérgico abuelo interrumpía en ocasiones las palabras de su hijo con un «qué pasa» y con un gesto de desprecio, pero nunca tenía el valor de discrepar con la abuela en nada. La abuela, por su parte, me daba dos besos húmedos en la cara y de inmediato se limpiaba los labios con una servilleta de papel y con otra servilleta, mis mejillas, torcía la nariz ante lo que servía mi madre, o ante las servilletas, que debían estar dobladas así y no así, y también ante la chaqueta de su hijo, que le parecía demasiado extravagante y acorde con la falta de gusto oriental:

–De verdad, Lonia, ¿es tan barata! ¿De dónde has sacado ese trapo? ¿De Yafo? ¿De los árabes? –y sin dirigirle a mi madre ni una mirada, la abuela añadía con tristeza–: ¡Sólo en los *shtetls* más pequeños, donde la cultura no llegaba a ser más que un rumor, tal vez la gente vestía así!

Se sentaban en círculo alrededor del carrito negro del té, que se llevaba al patio para que sirviese de mesa de jardín, alababan unánimemente la fresca brisa de la tarde, analizaban, tomando té y bizcochos, la perversa conducta de Stalin y la firmeza del presidente Truman, intercambiaban opiniones sobre la decadencia del imperio británico y la división de la India, y de ahí la conversación derivaba hacia la política del joven Estado y los ánimos se exaltaban un poco: Stashek Rodnitzky alzaba la voz mientras el señor Abramsky se burlaba de él gesticulando mucho y utilizando un hebreo culto e impecable. Stashek tenía una fe ciega en los kibutzim y en los asentamientos obreros, y opinaba que el gobierno debía enviar allí a toda la masa de emigrantes, directamente desde los barcos, quisieran o no, para que allí se

les extirparan de una vez por todas las enfermedades de la diáspora y los complejos de persecución, y allí, con el trabajo del campo y la tierra virgen, se formase el nuevo hombre israelí.

Mi padre mostraba su disgusto respecto a la tiranía bolchevique de los dirigentes de la Histadrut, quienes negaban el trabajo a quienes no estuviesen en posesión de la libreta roja¹⁰⁹. El señor Gustav Krohmal opinaba con precaución que Ben Gurión, a pesar de todas sus carencias, era el héroe de nuestra generación: la propia historia nos había dado a Ben Gurión en una época en que los pequeños dirigentes tal vez se habrían asustado del riesgo y habrían desaprovechado la ocasión de fundar un estado. «¡Nuestra juventud!», gritó el abuelo Alexander con potente voz, «¡nuestra espléndida juventud es quien nos ha dado la victoria y ha hecho posible el milagro! ¡No ningún Ben Gurión! ¡La juventud!», y al decir eso, el abuelo se inclinó hacia mí y me hizo dos o tres caricias distraídas, como recompensando así a la juventud que había vencido en la guerra.

Las mujeres apenas participaban en la conversación. En aquella época se solía alabar a las mujeres por «su maravillosa capacidad para escuchar», así como por su hospitalidad y la agradable atmósfera, pero no por su contribución a la conversación. Mala Rodnitzky, por ejemplo, asentía amablemente cuando hablaba Stashek y negaba con la cabeza cuando alguien lo interrumpía. Tzarta Abramsky se abrazaba los hombros con las manos como si tuviese un poco de frío. Desde la muerte de Yoni, incluso en las tardes cálidas, Tzarta se sentaba con la cabeza ligeramente inclinada, como mirando las copas de los cipreses del patio vecino, tomándose los hombros con las dos manos. La abuela Shlomit, una mujer enérgica e inteligente, concluía a veces con su voz cansada y grave: «¡Es muy cierto!», o: «Es mucho peor aún de lo que dices, Stashek, es mucho peor aún!», y en ocasiones decía: «¡Nooo! ¡Qué está diciendo, señor Abramsky! ¡Eso es sencillamente imposible!».

Sólo mi madre rompía a veces ese orden. Cuando había algún silencio momentáneo, expresaba una idea o una observación, una especie de interpelación que en principio parecía no tener relación con el tema e incluso podía interpretarse como una embarazosa salida de tono, pero al cabo de un rato se ponía de manifiesto

¹⁰⁹ Carnet que acreditaba a alguien como miembro de la Histadrut (la Central Obrera), que daba también derecho a servicios de salud.

que el centro de la conversación había tomado otro rumbo con suavidad: sin cambiar de tema y sin rebatir las palabras anteriores, sino más bien como abriendo una puerta en una pared trasera de la conversación, una pared que hasta ese momento parecía no tener salida.

Cuando terminaba su observación y se callaba, sonreía con dulzura y miraba con aire triunfante, no a los invitados ni a mi padre, sino a mí. Tras las palabras de mi madre a veces parecía que la conversación hubiese cambiado el peso de una pierna a otra. Al cabo de un rato, con su delicada sonrisa algo dubitativa e indagadora aún en los labios, mi madre se levantaba y le ofrecía a cada invitado otro vaso de té. ¿Muy dulce o poco dulce? ¿Y otro pedazo de bizcochuelo?

A los ojos del niño que era yo, esa breve intromisión de mi madre en la conversación de los hombres resultaba algo incómoda, tal vez porque captaba entre los interlocutores cierto aire embarazoso, cierto deseo casi imperceptible de retirada, como si por un instante prendiese en ellos un vago temor de haber dicho o hecho inconscientemente algo que pudiese provocar en mi madre una ligera sonrisa burlona, pero ninguno de ellos supiese lo que era. Tal vez era la irradiación de su belleza introvertida lo que desconcertaba siempre a esos hombres y les hacía temer no gustarle, resultarle algo repulsivos.

A las mujeres, por su parte, la intervención de mi madre en la conversación les provocaba una extraña mezcla de preocupación y de esperanza de verla tropezar en algún momento, y quizás también una vaga alegría por el desconcierto de los hombres.

El señor Toren, el escritor y funcionario Hayyim Toren, solía decir, por ejemplo:

–Ciertamente todo el mundo sabe que de ningún modo se puede dirigir un Estado como si fuese una tienda de ultramarinos. O como la junta municipal de un *shtetl* perdido.

Mi padre decía:

–Tal vez aún sea pronto para decir nada, querido Hayyim, pero todo aquel que tenga ojos en la cara podrá ver que en nuestro joven Estado hay razones para una evidente desilusión.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

El señor Krohmal, el médico de muñecas, añadía en tono abatido:

–Y además no arreglan las aceras. Ya hemos escrito dos cartas al alcalde y no hemos obtenido ninguna respuesta. Esto no lo digo para contradecir al señor Klausner, de ninguna manera, sino precisamente en la misma línea y con la misma intención.

Mi padre se burlaba, en un hebreo que ya entonces sonaba algo anticuado:

–En nuestro país todo está alquitranado, excepto las carreteras.

El señor Abramsky, por su parte, citaba:

–La sangre se añade a la sangre, dijo el profeta Oseas, por eso la tierra estará de duelo. Un resto del pueblo de Israel ha venido a fundar aquí el reino de David y Salomón, a poner los cimientos del Tercer Templo, y todos hemos caído en las sudadas manos de todo tipo de tesoreros de kibutz satisfechos y de poca fe, y del resto de funcionarios de cara roja y corazones incircuncisos cuyo mundo es tan pequeño como el de una hormiga. Ministros indomables, una banda de ladrones, que se reparten trozo a trozo este miserable pedazo de patria que las naciones nos han cedido. A ellos, a ellos hablaba el profeta Ezequiel al decir: Al oír los gritos de tus timoneles, se estremecerán las costas.

Y mi madre, con esa sonrisa que flotaba alrededor de sus labios pero apenas los tocaba:

–A lo mejor, cuando terminen de repartirse los terrenos, empiezan a arreglar las aceras. Y entonces arreglarán también la acera de delante de la tienda del señor Krohmal.

Ahora, cincuenta años después de su muerte, me parece oír su voz diciendo esas palabras, o algunas parecidas, qué tensa mezcla de lucidez, escepticismo, sarcasmo agudo y sutil y eterna tristeza.

Por aquellos años ya la corroía algo. Una cierta lentitud comenzó a notarse en sus movimientos, o más que lentitud, algo parecido a una ligera dispersión. Dejó de dar clases particulares de literatura e historia. A veces, por una cantidad miserable, se

comprometía a corregir el lenguaje y el estilo y a preparar para la imprenta un artículo científico que algún profesor del barrio de Rehavia había escrito en un hebreo salpicado de alemán. Seguía haciendo sola cada día, con eficacia y habilidad, todas las tareas domésticas: hasta el mediodía cocinaba, freía y horneaba, compraba, cortaba, mezclaba, secaba, limpiaba, frotaba, escurría, tendía, planchaba y doblaba hasta que toda la casa resplandecía, y por la tarde se sentaba en su silla y leía.

Era extraña su postura cuando leía: siempre se ponía el libro sobre las rodillas, la espalda y la nuca se arqueaban y se inclinaban hacia él. Como una niña tímida que esconde la mirada entre las piernas me parecía mi madre cuando se ponía a leer así. Muchas veces se asomaba a la ventana y miraba durante mucho tiempo nuestra tranquila calle. O se quitaba los zapatos y se tumbaba encima de la cama, vestida, con los ojos abiertos y fijos en un punto del techo. A veces se levantaba de repente y, con movimientos febriles, se quitaba la ropa de entrecasa y se ponía ropa de calle, me prometía que volvería aproximadamente en un cuarto de hora, se colocaba la falda, se arreglaba un poco el cabello sin mirarse al espejo, se colgaba del hombro su sencillo bolso de paja y salía a la calle muy deprisa, como si temiera perderse algo. Si le pedía ir con ella, si le preguntaba adónde iba, mi madre me contestaba:

–Necesito estar un rato conmigo misma. Quédate también tú contigo mismo –y volvía a decir–: Volveré dentro de un cuarto de hora.

Siempre mantenía su palabra: volvía poco después con los ojos brillantes y las mejillas frías, como si hubiese estado a la intemperie y el aire fuera muy frío. Como si hubiera hecho todo el camino corriendo. O como si le hubiese ocurrido algo fascinante por el camino. Cuando volvía de la calle estaba aún más guapa que cuando se había ido.

Una vez salí detrás de ella sin que se diera cuenta. La seguí de lejos, pegado a las tapias y a los arbustos, como había aprendido de Sherlock Holmes y de las películas. El aire no era muy frío y mi madre no corría, pero caminaba deprisa, como si temiera retrasarse. Al final de la calle Sofonías torció a la derecha y bajó, sus zapatos blancos taconeaban rítmicamente sobre el asfalto, hasta que llegó a la esquina de la calle Malaquías. Allí se detuvo junto al buzón de correos y dudó un instante. El pequeño detective que la seguía llegó, por tanto, a la conclusión de que salía para enviar cartas en secreto, y entonces me embargó la curiosidad y me recorrió un ligero escalofrío de miedo. Pero mi madre no mandó ninguna carta.

Permaneció un rato junto al buzón, inmersa en sus pensamientos, y al cabo de un tiempo se llevó de pronto la mano a la frente y se dio la vuelta. (Muchos años después aún seguía allí, metido en una tapia de cemento, el buzón rojo con las letras impresas GR, en honor a George V, rey de Inglaterra.) Entonces salté a un patio desde donde tenía un atajo hasta otro patio y llegué a casa un minuto o dos antes que ella, que jadeaba un poco, mientras el tono de sus mejillas lucía como si volviera de la nieve y sus ojos marrones y penetrantes echaban chispas de amable picardía y de afecto. En ese momento mi madre se parecía mucho a su padre, al abuelo Papá. Apretó ligeramente mi cabeza contra su vientre y, más o menos, me dijo:

–De todos mis hijos, a ti es a quien más quiero. ¿Podrías decirme de una vez qué tienes para que te quiera tanto?

Y también:

–Sobre todo tu ingenuidad. Nunca en mi vida he conocido una ingenuidad como la tuya. Vivirás muchos años y tendrás experiencias de todo tipo, pero esta ingenuidad no te abandonará. Nunca. Siempre seguirás siendo un ingenuo.

Y también:

–En el mundo hay mujeres que despedazan a los ingenuos y hay otras, entre las que me encuentro yo, que los aman y sienten un impulso interior de tender sobre ellos un ala protectora.

Y también:

–Creo que crecerás y serás un cachorro apasionado, escandaloso y charlatán como tu padre, y también serás un hombre taciturno, pleno y cerrado como un pozo en un pueblo deshabitado. Como yo. Se puede ser una cosa y la otra al mismo tiempo. Sí, creo que es posible. ¿Quieres que juguemos a inventar juntos un cuento? ¿Tú un capítulo y yo otro? ¿Quieres que empiece yo? Había una vez un pueblo completamente deshabitado. No quedaban ni perros ni gatos. Hasta los pájaros se habían ido. Así permaneció el pueblo inerte y abandonado durante muchos años. La lluvia y el viento azotaban los tejados de paja, el granizo y la nieve agrietaban las paredes de las cabañas, los huertos estaban devastados y sólo los árboles y los arbustos seguían creciendo allí, y al no haber nadie que los podase se fueron haciendo cada vez más frondosos. Una tarde, en otoño, llegó al pueblo abandonado

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

un viajero que se había equivocado de camino. Llamó dubitativamente a la puerta de la primera cabaña y entonces... ¿quieres seguir desde aquí?

Por aquella época, en el invierno entre el año '49 y el '50, dos años antes de su muerte, empezó a tener continuos dolores de cabeza. A menudo tenía gripe o anginas, pero ni siquiera cuando se curaba le desaparecían las migrañas. Llevó su silla junto a la ventana y se sentaba allí durante horas con una bata azul de franela mirando la lluvia, tenía su libro sobre las rodillas, abierto boca abajo, pero en vez de leerlo tamborileaba con los dedos sobre las tapas: una hora, dos horas se pasaba sentada erguida en su silla, mirando la lluvia o quizás algún pájaro mojado, sin dejar ni un instante de golpear con los diez dedos las tapas del libro. Como si estuviera tocando el piano y repitiera continuamente el mismo ejercicio.

Poco a poco se vio obligada a reducir las tareas domésticas: aún tenía fuerzas para colocar los cacharros, recoger, ordenar y quitar cada pedazo de papel y cada migaja de pan. Aún barría cada mañana el suelo del pequeño piso y lo fregaba con un balde y un trapo cada dos o tres días. Pero ya no hacía platos elaborados, se tenía que conformar con recetas sencillas: papas guisadas, tortilla, hortalizas. Y a veces pedazos de pollo flotando en el caldo. O arroz blanco y atún de lata. Casi nunca se quejaba de los terribles dolores de cabeza que padecía durante días sin tregua alguna. Mi padre fue quien me habló de las migrañas de mi madre. Me lo contó en voz baja, no en su presencia, como una conversación íntima entre hombres preocupados. Me rodeó los hombros con su brazo y me pidió que le prometiera que desde ese momento bajaría la voz cuando mi madre estuviese en casa. Nada de gritos y bullicio. Y sobre todo debía prometer que bajo ningún concepto cerraría de golpe puertas, ventanas o persianas. Que tendría muchísimo cuidado de no tirar al suelo objetos metálicos ni tapas de cacerolas. Y también que no aplaudiría en casa.

Se lo prometí y lo cumplí. Él me llamaba hijo sensato y una vez o dos incluso me llamó muchacho.

Mi madre me sonreía con afecto, pero era una sonrisa sin sonrisa. Unas diminutas arrugas se añadieron durante aquel invierno a las comisuras de sus ojos.

Venían menos invitados a casa. Liliénka, Lilia Kalish, es decir la maestra Lea Bar Samka, autora de dos útiles libros sobre psicología infantil, venía a menudo, se sentaba frente a mi madre y las dos conversaban en ruso o en polaco. Me parecía que hablaban de su ciudad, de Rovno, y de las compañeras y profesores a quienes los

alemanes asesinaron a tiros en el bosque de Sosenky. Pues de vez en cuando salía en la conversación el nombre de Isacar Reis, el carismático director del que todas las chicas del instituto Tarbut estaban enamoradas, y nombres de otros profesores, Buslik, Berkoski, Fanka Seidman, y también nombres de calles y jardines de su infancia.

La abuela Shlomit venía a veces, revisaba el congelador y la alacena de la cocina, gesticulaba y conspiraba un rato con mi padre al final del pasillo, junto a la puerta del cuarto de baño donde estaba también el inodoro. Después, la abuela echaba un vistazo a la habitación donde descansaba mi madre y le preguntaba con voz melosa:

–¿Necesitas algo, querida?

–No, gracias.

–Entonces, ¿por qué no te echas?

–Así estoy bien. Gracias.

–¿No hace frío aquí? ¿Te enciendo la estufa?

–No, gracias. No tengo frío. Gracias.

–¿Y el médico? ¿Cuándo ha venido?

–No hace falta que venga el médico.

–¿De verdad? Bueno, ¿y cómo sabes que no hace falta?

Mi padre, acobardado, le decía a su madre algo en ruso y enseguida se disculpaba ante las dos. La abuela lo reprendía:

–Lonia, silencio. No te entrometas. Ahora estoy hablando con ella, no contigo. Perdona que te lo diga, pero vaya ejemplo le das así al niño.

El niño se apresuraba a alejarse de allí, aunque en una ocasión consiguió oír cómo la abuela le susurraba a mi padre mientras la acompañaba a la puerta:

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

–Sí. Una comediente. Como si estuviese con el mes. Y tú deja ya de discutir conmigo. Como si sólo para ella fuese duro. Como si excepto para ella todo fuese de color de rosa. Y tú, ábrele un poco la ventana. Uno se puede ahogar ahí dentro.

A pesar de todo llamamos al médico. Y al cabo de un tiempo lo volvimos a llamar. Enviaron a mi madre a hacerse un análisis completo en el ambulatorio y luego fue hospitalizada durante dos o tres días en el hospital Hadassah, en la plaza Dovidka. Analizaron y no encontraron nada. Unas dos semanas después de volver, pálida y con los hombros caídos, del hospital, llamamos al médico nuevamente. En una ocasión fue llamado a medianoche y yo me desperté al oír su voz, una voz fuerte y tosca como cola de carpintero, mientras bromeaba con mi padre en el pasillo. En la cabecera del sofá que se abría por las noches y se convertía en una estrecha cama de matrimonio, en la estrecha cabecera de mi madre había todo tipo de frascos y cajas de vitaminas y de pastillas Flegin, así como una pastilla que se llamaba APC y otras medicinas dentro de botellas. Mi madre se negaba a acostarse. Se pasaba horas sentada en su silla frente a la ventana y a veces parecía que estaba de muy buen humor: durante ese invierno hablaba a mi padre con un calor y una ternura especiales, como si él fuera el enfermo, como si él se estremeciese cada vez que se alzaba la voz. Se fue acostumbrando a hablarle como a un niño, con dulzura, con diminutivos, quizás hasta alterando un poco el final de las palabras, como se habla a un recién nacido. Y sin embargo, por aquellos días me hablaba a mí como se habla a un confidente:

–Por favor, no te enojés conmigo, Amós –me decía, y sus ojos me llegaban al alma–, no te enojés conmigo, lo estoy pasando bastante mal, ¿te das cuenta de lo que me estoy esforzando para que todo vaya bien?

Me levantaba pronto y barría la casa, en su lugar, antes de ir al colegio. Dos veces a la semana, pasaba un trapo mojado con agua jabonosa por el suelo y luego un trapo seco. Aprendí a hacerme ensalada, a cortar rebanadas de pan y a prepararme una tortilla cada noche, porque mi madre solía sufrir ligeras náuseas por las tardes.

Mientras tanto mi padre, a quien una inquietante alegría le salía a borbotones precisamente por aquellos días sin razón aparente, se esforzaba por disimular su nuevo estado. Hablaba todo el rato consigo mismo, se reía de pronto sin motivo, y una vez, sin que se diera cuenta, lo vi saltando y brincando en el patio como si le

hubiese picado algún bicho. Con frecuencia salía por las tardes y volvía cuando yo ya estaba dormido. Necesitaba salir, decía, porque en mi habitación se apagaban las luces a las nueve y en la de ellos mi madre no soportaba la luz eléctrica. Ella se pasaba toda la tarde, cada tarde, sentada sola, a oscuras, en su silla, frente a la ventana. Él intentaba sentarse con ella, a su lado, en total silencio, como participando de su sufrimiento, pero su espíritu alegre e impaciente no le permitía estar sin moverse más de tres o cuatro minutos.

CAPÍTULO 50

Al principio, mi padre se retiró a la cocina: por las tardes intentaba leer allí o poner sus libros y sus pequeñas fichas sobre el hule de la tambaleante mesa y trabajar un poco. Pero la cocina era estrecha y baja y lo agobiaba como una celda. Él era una persona sociable, amante de las discusiones y las bromas, amante de la luz, y si se le obligaba a quedarse solo una tarde tras otra en la desoladora cocina, sin juegos de palabras y sin controversias históricas o políticas, sus ojos se velaban como si fuera un niño ofendido.

Mi madre se reía de pronto y le decía:

–Vete. Vete a jugar un rato a la calle.

Y añadía:

–Sólo ten mucho cuidado. Hay gente de todo tipo. No todas son tan buenas y tan honestas como tú.

–*Shtu ti panimaish!* –decía mi padre enfadado–, *ti ni normalia? Videsh maltzik!*

Mi madre decía:

–Perdona.

Siempre le pedía permiso a mi madre antes de irse. Siempre se iba cuando había terminado de hacer todas las cosas de la casa, ordenar la compra, fregar los cacharros, tender la ropa en la cuerda o recoger la ropa de la cuerda. Sólo entonces sacaba brillo dos veces a los zapatos, se duchaba, se rociaba la cara con un poco de la nueva loción para después de afeitarse que se había comprado, se ponía una camisa limpia, se probaba con atención una bonita corbata y, con la chaqueta aún en la mano, se inclinaba hacia mi madre y le preguntaba:

–¿De verdad no te molesta que vaya un rato con los amigos? ¿A charlar un poco sobre la situación? ¿O a hablar sobre asuntos de trabajo? Dime la verdad.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

Mi madre no se oponía nunca. Sólo se negaba en rotundo a escuchar cuando él se empeñaba en decirle adónde iba exactamente esa tarde.

–Cuando vuelvas, Arie, intenta entrar sin hacer ruido.

–Entraré sin hacer ruido.

–Adiós. Vete ya.

–¿De verdad no te importa que me vaya? No volveré tarde.

–De verdad que no me importa. Y vuelve cuando quieras.

–¿Necesitas algo más?

–Gracias. No necesito nada. Amós me cuidará.

–No volveré tarde.

Y tras otro breve instante de dubitativo silencio:

–¿Entonces? ¿Está bien? ¿Me voy? Adiós. Que pases una buena noche. ¿Intentarás dormir en la cama y no en la silla?

–Lo intentaré.

–Entonces, buenas noches. Adiós. Cuando vuelva, no muy tarde, te prometo entrar sin hacer ningún ruido.

–Vete ya.

Se ponía la chaqueta, se colocaba la corbata y se iba canturreando al pasar por el patio ante mi ventana, con una voz cálida pero con unos gorgoritos que ponían la carne de gallina: «El camino me parece tan lejano/ el sendero es tortuoso y escurridizo/ yo avanzo pero tú estás lejos/ más cercana está de mí la luna...», o: «¿Qué dicen tus ojos, tus ojos, tus ojos, sin decir nada, nada?».

Las migrañas la llevaron al insomnio. El médico le recetó somníferos y tranquilizantes, pero no sirvieron de nada. Tenía miedo de la cama y se pasaba las noches en su silla, tapada con una manta, con un almohadón debajo de la cabeza y otro cubriéndole la cara, es posible que intentara dormirse así. Cualquier susurro la atemorizaba: el maullido de los gatos en celo, los disparos lejanos procedentes de Sheij Jarrah o de Isawiyah, el lamento del almuédano al amanecer desde lo alto de una de las mezquitas de la Jerusalem árabe, al otro lado de la frontera. Si mi padre apagaba todas las luces, a mi madre le daba miedo la oscuridad. Si dejaba una luz en el pasillo, la luz le acrecentaba las migrañas. Al parecer él volvía a casa un poco antes de medianoche, animado pero avergonzado, y la encontraba despierta en su silla, mirando con los ojos secos hacia la ventana oscura. Le ofrecía una taza de té o un vaso de leche caliente, le rogaba que intentase, pese a todo, echarse en la cama y dormir, le proponía cederle la cama y dormir en la silla, en su lugar, tal vez así le resultaría más fácil conciliar el sueño. Se sentía tan culpable que hasta se arrodillaba y le ponía unos calcetines de lana, porque temía que tuviera frío en los pies.

Al volver a medianoche seguro que se lavaba bien con jabón, canturreaba alegremente, haciendo gorgoritos y sin ninguna inhibición, la canción «Tengo un jardín/ y tengo un pozo», se detenía a la mitad y se callaba de repente, avergonzado, se cubría de un silencio ignominioso, se ponía su pijama de rayas y volvía a ofrecerle a mi madre, acobardado, una taza de té o un vaso de leche caliente o un jugo, y quizás volvía a persuadirla de que se echara en la cama a su lado o sin él. Y le rogaba que alejara de ella sus malos pensamientos y pensara en cosas agradables. Mientras se tapaba y se acurrucaba en la manta, sugería mil cosas agradables en las que pensar, y así se dormía él como un niño con tantos pensamientos agradables. Pero supongo que se despertaba dos o tres veces cada noche por culpa de los remordimientos, comprobaba el estado de la enferma en la silla frente a la ventana, le daba una pastilla y un vaso de agua, le colocaba la manta y se volvía a dormir.

A finales del invierno dejó casi de comer. Mojaba a veces una tostada en un vaso de té y decía que le bastaba con eso. Tenía náuseas y había perdido el apetito. Tú no te preocupes, Arie, casi no me muevo, si comiera me pondría tan gorda como mi madre. No te preocupes.

A mí me decía mi padre con tristeza:

–Mamá está enferma y los médicos no saben lo que tiene. Me hubiera gustado llamar a otros médicos, pero ella se ha negado rotundamente.

Y en una ocasión me dijo:

–Tú madre se está castigando a sí misma sólo para castigarme a mí.

El abuelo Alexander dijo:

–Qué pasa. Estado de ánimo. Melancolía. Capricho. Es síntoma de que el corazón aún es joven.

La tía Lilienka me dijo:

–Por supuesto que tampoco es fácil para ti. Eres un niño sensato y sensible, mamá me dice que eres un rayo de luz en su vida. Y es cierto que eres un rayo de luz. No como el egoísmo infantil de quien en una situación así se permite ir a recoger flores sin darse cuenta de que eso es añadir dolor al dolor. No importa. Ahora estaba hablando conmigo misma y no contigo. Tú eres un niño un poco solitario, y ahora tal vez seas más solitario que de costumbre, por tanto, cuando tengas ganas de hablar conmigo de corazón, no lo dudes. Por favor, recuerda que Lilia no sólo es amiga de tu madre sino, si tú me lo permites, también una buena amiga tuya. Una amiga que no te mira como los adultos miran a los niños, sino como un alma gemela.

Puede que entendiese que con las palabras «ir a recoger flores» la tía Lilia se estaba refiriendo a que mi padre salía a veces por las tardes a visitar a sus amigos, pero no entendí qué flores había, según ella, en el pequeño piso de los Rodnitzky, con su pájaro desplumado, el pájaro-piña, y esa manada de animales de rafia tras los cristales del aparador. O en casa de los Abramsky, que vivían pobremente en un piso humilde y descuidado que desde la muerte de su hijo habían dejado casi por completo de limpiar y ordenar. O tal vez adiviné que en las flores de las que hablaba la tía Lilia había algo inadmisibles y por eso no estaba dispuesto a comprenderlo ni estaba dispuesto a relacionarlo con sacarle brillo dos veces a los zapatos y con la nueva loción de afeitar.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

La memoria me confunde. Ahora recuerdo algo que olvidé por completo nada más ocurrir. Algo que volví a recordar cuando tenía unos dieciséis años y que después volví a olvidar. Y esta mañana he vuelto a recordar no el hecho en sí, sino el recuerdo anterior, que también ocurrió hace más de cuarenta años: como si una vieja luna se reflejara en el cristal de una ventana y desde allí su reflejo fuese arrojado al agua de un lago, y de esas aguas la memoria sacara no el reflejo, que ya no existe, sino sólo sus blancos huesos.

Así es: ahora, aquí, en Arad, un día de otoño a las seis y media de la mañana, veo de pronto con absoluta nitidez a mi amigo Lulik y a mí, un mediodía nublado del invierno del '50 o del '51, por la calle Yafo, junto a Kikar Tzion; Lulik me da un ligero puñetazo en las costillas y murmura: Mira bien, ¿por casualidad no es tu padre el que está sentado ahí? Vámonos de aquí antes de que se dé cuenta de que nos hemos saltado la clase de Avishar. Y en efecto huimos de allí, pero durante mi huida vi a través de los cristales a mi padre sentado allí, en el café Zikel, en una mesa junto a la ventana: se ríe, su mano se lleva a los labios la mano enjovada de una joven que está de espaldas a la ventana, y huí de allí, y huí también de Lulik, y hasta hoy no he dejado del todo de huir.

El abuelo Alexander siempre besaba a todas las mujeres en la mano, mi padre sólo a veces. Y además, sólo le había tomado la mano y se había inclinado para ver el reloj de la joven y compararlo con el suyo, él siempre hacía eso, a casi todo el mundo le hacía eso, los relojes eran su pasatiempo. Y además, era la única vez que había faltado a una clase, nunca había faltado a ninguna clase, lo habíamos hecho para ir a ver el tanque egipcio quemado que habían puesto en el Migrash Harusim y nunca más faltaría a una clase. Jamás.

Lo odié. Durante unos dos días. Por vergüenza. Y al cabo de dos días empecé a odiar a mi madre, con sus migrañas, sus comedias y esa huelga declarada contra nosotros, en la silla, frente a la ventana, sólo ella era culpable de haberlo empujado a buscar signos de vida. Después me odié a mí mismo por haber dejado que Lulik, como el lobo y el gato de *Pinocho*, me convenciera de no ir a la clase del señor Avishar: ¿por qué no tengo un poco de carácter? ¿Por qué cualquiera puede influirme tan fácilmente? Y una semana más tarde, ya lo había olvidado todo, por completo, no volví a acordarme de lo que vi a través del cristal de la ventana del café

Zikel hasta una horrible noche en el kibutz Hulda, cuando tenía unos dieciséis años. Olvidé el café Zikel como olvidé por completo, para siempre, como si no hubiera pasado, la mañana en que volví pronto del colegio y encontré a mi madre inmóvil con su bata de franela, no en la silla frente a la ventana, sino sentada en el patio, en la hamaca, a los pies del granado deshojado; estaba tranquila y en sus labios se dibujaba algo parecido a una sonrisa pero que no era una sonrisa, el libro estaba, como de costumbre, abierto y boca abajo sobre sus rodillas y una lluvia torrencial caía sin parar sobre ella, puede que durante una o dos horas no hubiese dejado de caer sobre ella esa lluvia fría, pues cuando la levanté y la arrastré hasta casa estaba empapada y congelada como un pájaro mojado que ya no volvería a volar nunca más. Llevé a mi madre al cuarto de baño y le di ropa seca del armario, la reté como un adulto y le impartí órdenes desde detrás de la puerta, ella no me contestó pero me obedeció e hizo todo cuanto le dije, aunque sin dejar esa sonrisa que en absoluto era una sonrisa. A mi padre no le conté nada, pues los ojos de mi madre me pidieron que guardase el secreto. Sólo a la tía Lilia le dije más o menos esto:

–Pero estás completamente equivocada, tía Lilia. Nunca seré escritor o poeta, y tampoco investigador, de ninguna manera, porque no tengo sentimientos. Los sentimientos me repugnan. Seré agricultor. Viviré en un kibutz. O tal vez algún día sea envenenador de perros. Con una jeringa llena de arsénico.

En primavera se encontraba mejor. La mañana del 15 del mes de shevat, el día en que Hayyim Weizmann, presidente del gobierno provisional, abrió en Jerusalem la reunión de la asamblea constituyente, que se convirtió en el primer parlamento, mi madre se puso su vestido azul y nos propuso a mi padre y a mí que la acompañásemos a dar un pequeño paseo por el monte de Tel Arza. Erguida y bella me pareció con ese vestido y, cuando por fin salimos de nuestro sótano atestado de libros a la luz del sol primaveral, en sus pupilas volvieron a brillar cálidos destellos de afecto. Mi padre la tomó del brazo y yo corría delante de ellos como un perrito, a propósito, porque quería que pudiesen hablar entre ellos o simplemente por lo contento que estaba.

Mi madre preparó para el camino bocadillos de queso con tomate y de huevo duro con pimiento y anchoa, y mi padre llevó un termo lleno de jugo de naranja templado que había exprimido con sus propias manos. Cuando llegamos al monte

extendimos una lona impermeable, nos echamos encima y respiramos el aroma de los pinos empapados de lluvia invernal. Entre los árboles nos observaban colinas pedregosas con una gruesa capa verde. Al otro lado de la frontera se veían las casas del pueblo árabe de Shuafat y a lo lejos, en la línea del horizonte, se elevaba, alta y esbelta, la mezquita de Nebi Samuel. La afinidad entre la palabra *jurshah*, monte, y la palabra *jeresh*, sordo, y *jarishi*, silencioso, y entre éstas y *jarish*, aradura, y *jaroshet*, fabricación, llevó a mi padre a hablarnos un rato de la magia de la lengua. Mi madre estaba de buen humor y por tanto le ofreció *jishur*, llovizna, *jashrat avim*, aguacero, *rajash*, susurro, *shajar*, alba, *shajor*, negro, todas ellas palabras formadas con las mismas consonantes que *joresch*, bosque.

Después mi madre nos empezó a hablar de un vecino ucraniano, un joven diligente y guapo que sabía adivinar en qué alba exactamente se vería el primer brote en los campos de centeno, y en qué alba despuntarían de la tierra las primeras remolachas. Todas las chicas no judías estaban locas por ese joven, Stefan, Stefasha lo llamaban, o Stiofa, pero él se enamoró apasionadamente de una de las profesoras judías del instituto Tarbut y una vez incluso intentó ahogarse, por amor, en los remolinos del río; sin embargo, como era un fantástico nadador, no lo consiguió; en vez de eso, fue arrastrado hasta una de las haciendas de la ribera del río, y allí fue seducido por la dueña de la hacienda, quien al cabo de unos meses le compró una taberna, y es posible que todavía siga allí, aunque estará más feo y embrutecido de tanto beber y tanto fornicar.

En esa ocasión a mi padre se le olvidó hacerla callar cuando utilizó la palabra «fornicar», y tampoco la reprendió: *videsh maltzik!* Apoyó la cabeza en la pierna de mi madre, se echó sobre la lona y mordisqueó distraídamente una brizna de hierba. Yo hice lo mismo que él: me tumbé sobre la lona, apoyé la cabeza en la otra pierna de mi madre, mordisqueé una hierba y me llené los pulmones del aire cálido y embriagador, saturado de fragancias frescas y zumbidos de insectos ebrios de primavera, un aire placentero lavado por las lluvias y purificado por los vientos del invierno. Qué hermoso sería detener aquí el tiempo y detener también estas líneas unos dos años antes de su muerte, en esa imagen de nosotros tres el 15 de shevat en el monte de Tel Arza: mi madre con su vestido azul, un pañuelo de seda rojo atado con gracia al cuello, sentada, erguida y bella, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, la cabeza de mi padre sobre una de sus piernas y la mía sobre la otra, y acariciando con su mano fría nuestro rostro y nuestro cabello. Y una bandada de pájaros cantando encima de nosotros sin parar en las copas de los pinos mojados.

Se encontraba mucho mejor en primavera. Ya no se pasaba días y noches enteros sentada en su silla frente a la ventana, no se sobresaltaba con la luz eléctrica ni temblaba ante el menor ruido. Ya no abandonaba las tareas domésticas ni las horas de lectura tan queridas para ella. Las migrañas tendieron a remitir. Casi recuperó el apetito. Y volvieron a bastarle cinco minutos delante del espejo, un suave pintalabios, un toque de polvos y sombra, un cepillo y otros dos minutos para elegir la ropa delante del armario, para mostrarse, ante nuestros ojos, misteriosa, bella y radiante. Volvieron a venir a casa los invitados habituales en los debates, el matrimonio Bar Yitzhar (Itzelvitz) y el matrimonio Abramsky, fanáticos revisionistas que odiaban de todo corazón el gobierno del Mapai, y también Hanah y Hayyim Toren, los Rodnitzky, Toshia y Gustav Krohmal, que habían venido de Dantzig y habían abierto la «clínica de muñecas» en la calle Gueulá. A veces los hombres le lanzaban a mi madre una mirada rápida, tímida, y enseguida bajaban la vista.

Y volvimos a ir todos los viernes por la noche a encender velas y a comer pescado relleno o cogotitos de pollo rellenos y cosidos con hilo¹¹⁰ para celebrar la cena de Shabat en la mesa redonda de la abuela Shlomit y el abuelo Alexander. El sábado por la mañana, a veces íbamos a visitar a los Rodnitzky y, después de comer, casi todos los sábados atravesábamos en peregrinación todo Jerusalem, de norte a sur, hasta la casa del tío Yosef en el barrio de Talpiot.

Una vez, en la cena, mi madre nos habló de pronto de una lámpara para leer, una lámpara de pie que estaba junto al sillón de su habitación alquilada en Praga, en la época en que aún era estudiante de historia y filosofía. Al día siguiente, al volver del trabajo, mi padre se entretuvo en dos tiendas de muebles de la calle King George y de la calle Yafo, y también en una tienda de electrodomésticos de Ben Yehuda: comparó, volvió a la primera tienda y regresó a casa trayéndole de regalo una preciosa lámpara de pie para leer. Casi un cuarto de su sueldo se gastó mi padre en ese regalo. Mi madre lo besó y luego me besó a mí en la frente y nos aseguró con su extraña sonrisa que nuestra nueva lámpara seguiría dándonos luz mucho tiempo después de que ella se fuera. Mi padre, ebrio de victoria, no oyó esas palabras,

¹¹⁰ Helzel (diminutivo: helzele): piel del cogote del pollo, rellena con cebollita frita en grasa de pollo o ganzo, harina, a veces menudencias, y cosida para formar una especie de salchicha o chorizo que se hierve en caldo de pollo.

porque nunca escuchaba con atención y porque su desbordante energía verbal ya le había arrastrado a la antigua raíz semítica de la palabra *nur*, luz, y a su forma aramea, *menarta*, y a su equivalente árabe, *manar*.

Y yo lo oí y no lo entendí. O lo entendí y no lo asimilé.

Luego comenzaron de nuevo las lluvias. Mi padre, después de las nueve, cuando yo me había ido ya a dormir, volvió a pedirle permiso a veces para «salir a ver a algunas personas». Le prometía volver sin hacer ningún ruido y no muy tarde, le ofrecía un vaso de leche templada y se iba con los zapatos relucientes, con el pico de un pañuelo blanco asomando en el bolsillo de la chaqueta, como su padre, y con una estela de olor a loción de afeitar. Al pasar por debajo de mi ventana, que ya estaba a oscuras, le oía abrir de golpe el paraguas y canturrear con desinhibidos gorgoritos: «Ella tenía una mano deliciosa/ nadie osaba tocaarla», o: «Ella tenía unos ojos como la estrella polar/ y un corazón como el viento del desierto...».

Pero mi madre y yo conspirábamos a sus espaldas: a pesar de lo estricto que era en cuanto a la hora exacta en que yo debía apagar la luz, «a las nueve en punto, ni medio minuto después», mi madre y yo esperábamos a que el eco de sus pasos se alejara por la calle mojada y, al instante, saltaba de la cama y corría a su lado a escuchar sus historias. Ella estaba sentada en su silla en la habitación que tenía todas las paredes, y la mitad del suelo, repletos de filas y filas, y montones y montones de libros, y yo me echaba a sus pies en la alfombra, en pijama, apoyando la cabeza en sus cálidas piernas, cerraba los ojos y escuchaba. En casa no había ninguna luz encendida salvo la de la nueva lámpara de pie junto a la silla de mi madre. En las persianas golpeaban la lluvia y el viento. A veces retumbaban en Jerusalem ráfagas de truenos bajos y graves. Mi padre ya se había ido a lo suyo, pero me había dejado a mi madre con sus relatos. Una vez, me habló del piso vacío que estaba encima de su habitación alquilada, en Praga, en la época en que estudiaba allí: desde hacía dos años nadie vivía en aquel piso excepto, decían las vecinas en voz baja, los fantasmas de dos niñas muertas: una vez hubo un gran incendio en ese piso y las dos niñas, Amalia y Yana, no consiguieron salvarse del fuego. Después de la tragedia los padres de las niñas partieron hacia ultramar. El piso quemado y ennegrecido se cerró y las persianas se bajaron. No se arregló ni fue alquilado. A veces, murmuraban las vecinas, se oían allí risas y ligeros alborotos. A veces, a altas horas de la noche, se

filtraban llantos y gritos. Yo, dijo mi madre, no oí ese tipo de sonidos, pero alguna vez me pareció que abrían una canilla por la noche. O que arrastraban un mueble. El sonido de unos pies descalzos yendo de una habitación a otra. A lo mejor lo único que pasaba es que alguien usaba aquel piso abandonado por las noches para mantener relaciones amorosas secretas o para otros fines oscuros. Cuando crezcas te darás cuenta de que casi todo lo que se oye por la noche puede interpretarse de diversas formas. Y de hecho, no sólo por la noche y no sólo lo que se oye: también lo que se ve, e incluso lo que se ve a plena luz del día, puede casi siempre entenderse de muchas formas.

Otras noches mi madre me hablaba de Eurídice, de Hades y de Orfeo, me hablaba de la hija huérfana de ocho años de un conocido nazi, un asesino perseguido por delitos de sangre a quien los americanos habían llevado al patíbulo en la ciudad de Nuremberg después de la guerra, y ella, su hija pequeña, había sido enviada a un reformatorio sólo porque la habían sorprendido adornando con flores una fotografía suya. Me hablaba de un joven vendedor de miel de un pueblo cercano a Rovno que se perdió y desapareció una noche invernal de tormenta en un bosque, y de cómo seis años después alguien se coló en mitad de la noche en la casa de su viuda y dejó los zapatos del joven vendedor, ya destrozados, a los pies de su cama. Me hablaba del viejo Tolstoy, quien, al final de sus días, se levantó, dejó su casa y cerró definitivamente los ojos en la caseta de un guardagujas de una estación de tren perdida llamada Astapovo.

Como Peer Gynt y su madre Aase éramos mi madre y yo en aquellas noches de invierno:

Sí, el joven era mi compañero de penalidades/... y el niño y yo nos sentábamos/ y buscábamos una escapatoria a nuestra dolorosa vida/... nos contábamos cuentos/ sobre duendes, espíritus y reyes majestuosos,/ sobre magos y trolls de las montañas/... el rapto de una novia – sí, también eso se contaba/ ¡pero quién suponía que se olvidaría todo!¹¹¹

Durante aquellas noches mi madre y yo jugábamos a menudo a las historias encadenadas: ella empezaba la historia y yo continuaba, y de nuevo el hilo de la historia pasaba a ella, y luego volvía a mí, un capítulo para ella y otro para mí. Mi

¹¹¹ N. del A.: Henrik Ibsen, Peer Gynt, traducción al hebreo de Lea Goldberg, Devir Laam, Tel Aviv 1953, acto II, escena II, pág. 52.

padre volvía a casa un poco antes o un poco después de medianoche y, al oír sus pasos en la calle, enseguida apagábamos la luz de la lámpara, saltábamos rápidamente a las camas como dos niños desobedientes y nos hacíamos los dormidos. Medio dormido, oía sus pasos en el pequeño piso, le oía desvestirse, beber leche de la heladera, entrar en el baño, abrir la canilla, cerrarla, tirar de la cisterna, volver a abrir y cerrar la canilla, tararear a media voz una vieja canción de amor, volver a dar unos tragos de leche, escabullirse descalzo hacia la biblioteca, hacia el sofá que se abría y se convertía en una cama de matrimonio, donde seguramente se echaba al lado de mi madre, que se hacía la dormida, donde seguramente tarareaba para sus adentros dos o tres minutos más antes de dormirse como un niño cada noche hasta las seis de la mañana. A las seis se levantaba el primero, se afeitaba, se vestía, se ponía el delantal de mi madre y se dirigía a la cocina a hacernos a mi madre y a mí un jugo de naranja que calentaba un poco en agua hirviendo, a baño María, para llevarnos a cada uno un vaso de jugo tibio a la cama, porque un jugo frío, como es sabido, puede provocar un catarro.

Una de aquellas noches mi madre volvió a tener insomnio. Lo pasaba mal en el sofá cama, al lado de mi padre, que dormía dulcemente mientras sus gafas yacían plácidamente en la repisa de al lado. Por tanto se levantó, pero en esa ocasión no fue a sentarse en su silla frente a la ventana ni a la pequeña cocina sino que vino descalza a mi habitación, retiró la manta, se acostó en camión a mi lado, me abrazó y me besó hasta que me desperté. Una vez despierto me preguntó en voz baja, al oído, si quería que charlásemos un rato esa noche. Los dos solos. Y perdona por haberte despertado, pero necesitaba hablar un poco contigo. Y en esa ocasión sí que oí en su voz, a oscuras, una sonrisa que realmente era una sonrisa y no una sombra.

Cuando Zeus supo que Prometeo había conseguido robar para los hombres una chispa del fuego que él, Zeus, les había negado como castigo, el viejo estuvo a punto de estallar de ira y furia. Muy pocas veces habían visto los dioses a su rey tan irritado y malhumorado. Durante días estuvo lanzando sus truenos y nadie se atrevió a acercarse a él. Llevado por la rabia, el anciano colérico decidió causarles a los hombres una gran desgracia enmascarada de magnífico regalo. Así que le ordenó al dios herrero Hefesto esculpir con tierra mezclada con agua la imagen de una bellísima mujer. La diosa Atenea enseñó a esa figura de mujer a coser y a tejer y la atavió con espléndidos ropajes. La diosa Afrodita, por su parte, le otorgó encantos

que obnubilaban a los hombres y encendían sus pasiones. Mientras Hermes, dios de los mercaderes y los ladrones, le enseñó a mentir sin pestañear, a cautivar los corazones y a engañar. El nombre de esa belleza era Pandora, es decir: aquella que ha sido agraciada con todos los dones. Y Zeus, sediento de venganza, ordenó dar a Pandora como regalo al hermano tonto de Prometeo. En vano intentó Prometeo prevenir a su hermano para que se cuidase de los regalos de los dioses. El hermano vio a esa reina de la belleza y saltó de alegría sobre Pandora, a quien le habían dado como esposa y que llevaba de dote una caja llena de regalos de los dioses del Olimpo. Un día levantó Pandora la tapa de la caja de los regalos y de su interior salieron las enfermedades, la soledad, la injusticia, la crueldad y la muerte. Así llegaron a este mundo todas las desgracias que vemos a nuestro alrededor. Si aún no estás dormido, me gustaría decirte que en mi opinión las desgracias existían ya antes. Ya existían las desgracias de Prometeo y Zeus, y las desgracias de la propia Pandora, por no hablar de la gente normal y corriente como nosotros. No es que las desgracias salieran de la caja de Pandora sino al contrario, la caja de Pandora fue inventada debido a tanto sufrimiento. Y debido a tanto sufrimiento también se abrió. ¿Mañana después del colegio irás a cortarte el pelo? Mira hasta dónde te llega ya.